

Libro segundo de Espejo de caballerías

PEDRO LÓPEZ DE SANTA CATALINA

Edición de
JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO



✻ 2009 ✻

INTRODUCCIÓN



*Para José Manuel Lucía Megías, amigo generoso
y aguerrido caballero andante*

1. El entorno de Pedro López de Santa Catalina

Nada sabemos de cierto sobre la vida de Pedro López de Santa Catalina, aunque, como iremos viendo a continuación, sí podemos establecer de forma aproximada cuál fue el contexto social y cultural en el que se movió, allá por las primeras décadas del siglo XVI, en un Toledo en plena efervescencia.

Nos es complicado concretar quién fue realmente el autor de las dos primeras partes del *Espejo de cavallerías*, ya que se nos mezclan datos y circunstancias de al menos dos personas posibles. En primer lugar nos encontramos con un Pedro de Santa Catalina, platero toledano, que debía de ser relativamente joven en 1514 (dicho sea con todas las reservas), a juzgar por algún que otro documento de la segunda mitad de dicho año relacionado con su casamiento con María Álvarez. Los documentos son una carta de arras y otra de dote, otorgadas por el platero a su mujer, la citada María Álvarez, hija del tintorero Antón Sánchez¹. La actividad laboral de suegro y yerno no desmienta la estirpe toledana de ambos, dedicados a oficios que fueron muy comunes en Toledo en aquellos tiempos. Tal vez este Pedro de Santa Catalina sea el mismo que en 1513 solicitó una licencia de armas, cuando la ciudad vivía los prolegómenos de la rebelión comunera: «Así, reclamaron una licencia de armas Rodrigo Escobedo, Diego de Guzmán, Pedro de Medina (...), Pedro de Santa Catalina (...) y un larguísimo etcétera»².

Por otro lado, no cabe descartar que nuestro autor fuera un eclesiástico, ya que, como veremos, era un hombre muy cercano al círculo erudito del canónigo obrero de la catedral de Toledo, don Diego López de Ayala, a quien, por cierto, va dedicada esta segunda parte del *Espejo de cavallerías*. Así, encontramos a un Pedro López (no se me escapa el hecho de que se trata de un nombre muy común, pero sus circunstancias pueden resultar interesantes), citado en el testamento de Bernardino de Alcaraz (1484-

¹ Los documentos, conservados en el Archivo Histórico Provincial de Toledo, son reseñados por José Gómez Menor en *Cristianos nuevos y mercaderes de Toledo*, Toledo, Editorial Zocodover, 1971, p. [34], docs. 75 y 78.

² Óscar López Gómez, *La Toledo precomunera (1495-1520)*, p. 321, en su tesis doctoral inédita, *Violencia urbana y paz regia: el fin de la época medieval en Toledo (1422-1522)*, leída en diciembre de 2006 en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Castilla-La Mancha, y dirigida por el profesor Ricardo Izquierdo Benito. Agradezco desde aquí a su autor la gentileza de permitirme utilizar su trabajo.

1556), maestrescuela de la catedral primada y patrono del colegio de Santa Catalina (germen de la futura universidad toledana). En el testamento se dice:

Pedro López, mi capellán, ha muchos años que vive conmigo como parece por mis libros de cuentas y yo le he dado quitación y la capellanía que tiene y dádole ayuda de costa, y ha mucho tiempo que con la edad no me sirve aunque todavía está y come en casa y le doy quitación, mando que le sea pagada hasta dos meses después de yo fallecido y, demás de esto, le den en descargo cuarenta y cinco mil maravedís. (Vaquero Serrano 2006: 325-326)

El testamento de Alcaraz está firmado el 5 de marzo de 1556, con lo que nos encontraríamos con un Pedro López ya anciano en esa fecha, que bien podría andar por la veintena o la treintena en los años en los que se publicaron las dos partes del *Espejo* (1525 y 1527). No deja de ser atractivo que este capellán estuviera ligado a uno de los fundadores del colegio de Santa Catalina, ya que podría esta circunstancia haber legitimado el uso de este nombre en uno de los apellidos de nuestro hipotético autor, que por ello pasaría a llamarse Pedro López de Santa Catalina. En esta línea se podrían insertar las siguientes palabras de Javier Gómez-Montero:

Aunque la hipótesis apuntada [que López de Santa Catalina fuera un eclesiástico toledano] no sea más que una especulación, posee un gran atractivo presuponer que nuestro Pero López fuera un eclesiástico, quizá uno de los 12 jóvenes becados del Colegio de Santa Catalina. Incluso está documentado en 1545 un cierto Pero López, en verdad un nombre muy corriente, como *refitor* o refitolero, es decir, como administrador de los bienes del Cabildo toledano y, por tanto, al servicio directo de D. Diego López de Ayala. (Gómez-Montero 1992: 15, n. 7)

Todo son conjeturas, ya que no tenemos constancia de ningún documento que nos permita identificar con rigor al autor de nuestro libro, e incluso este último Pero López que cita Gómez-Montero no parece guardar ninguna relación con el capellán de don Bernardino de Alcaraz que he citado arriba. Sin embargo, no deja de ser esta última una hipótesis muy plausible, a pesar de que el propio Gómez-Montero parece inclinarse más hacia la posibilidad de que López de Santa Catalina perteneciera a una familia de mercaderes toledanos, entre los que se encontrarían el librero Fernando de Santa Catalina y el platero Pedro de Santa Catalina de quien hemos hablado al principio. Para Gómez-Montero, los intereses literarios del autor del *Espejo de cavallerías* «pudieron haberle sido transmitidos por el librero Fernando de Santa Catalina», y sus conocimientos de la lengua italiana (imprescindibles para afrontar la traducción y adaptación del *Orlando innamorato* de Boiardo y sus continuaciones, que sirven de base a las dos primeras partes del *Espejo*) pudieron ser adquiridos por las necesidades de su actividad como mercader y sus «relaciones comerciales con Italia» (Gómez-Montero 1992: 14-15).

La idea de que Pedro López de Santa Catalina fuera miembro del clero toledano me parece, no obstante, más aceptable, ya que explicaría con más autoridad la rela-

ción de este con el canónigo obrero don Diego López de Ayala, a quien, como hemos dicho, va dedicada la segunda parte del *Espejo de cavallerías* sobre la que trabajamos. Explicaría también su cercanía con la literatura italiana contemporánea, ya que López de Ayala, hombre culto y refinado, fue traductor de la *Arcadia* de Sannazaro y de algunos fragmentos del *Filocolo* de Boccaccio, textos que fueron publicados, respectivamente, en 1547 y 1546. A pesar de que estas fechas están lejanas de los años en los que López de Santa Catalina trabaja en su traducción y adaptación del *Orlando innamorato*, no parece descabellado pensar que, en ese ambiente en el que se celebra y se cultiva la cultura italiana, pudo crecer la afición de nuestro autor y sus deseos de contribuir con su trabajo a la degustación de la literatura del Renacimiento italiano.

Diego López de Ayala participó activamente en la vida política y cultural de Toledo, creando a su alrededor un interesante círculo literario en el cual sería posible incluir a nuestro autor, tanto si aceptamos la hipótesis de que este fuera un eclesiástico como si pensamos que fue miembro de una familia de mercaderes pudientes. Del enorme atractivo de este círculo literario nos habla la siguiente cita: «El canónigo obrero don Diego López de Ayala (...) reunía en su casa una tertulia literaria en la que, en septiembre de 1534, intervino el mismo Garcilaso recitando sus poesías a los acordes de la vihuela»³. Gómez-Montero afirma a este respecto que López de Ayala fue el «animador principal de un círculo humanista al que estaban adscritos representantes de la aristocracia eclesiástica toledana, como los canónigos Juan de Vergara y Álvaro Gómez de Castro» (Gómez-Montero 1992: 19). En lo tocante a su participación en la política, el canónigo obrero intervino en varios acontecimientos relacionados con la sublevación de los comuneros, que llegaron a valerle el destierro de la ciudad de Toledo en 1521, por oponerse a que el agustino comunero fray Juan de Santamarina predicase en la catedral⁴. También fue López de Ayala uno de los firmantes del Estatuto de Limpieza de Sangre promovido por el cardenal Siliceo a finales de julio de 1547⁵.

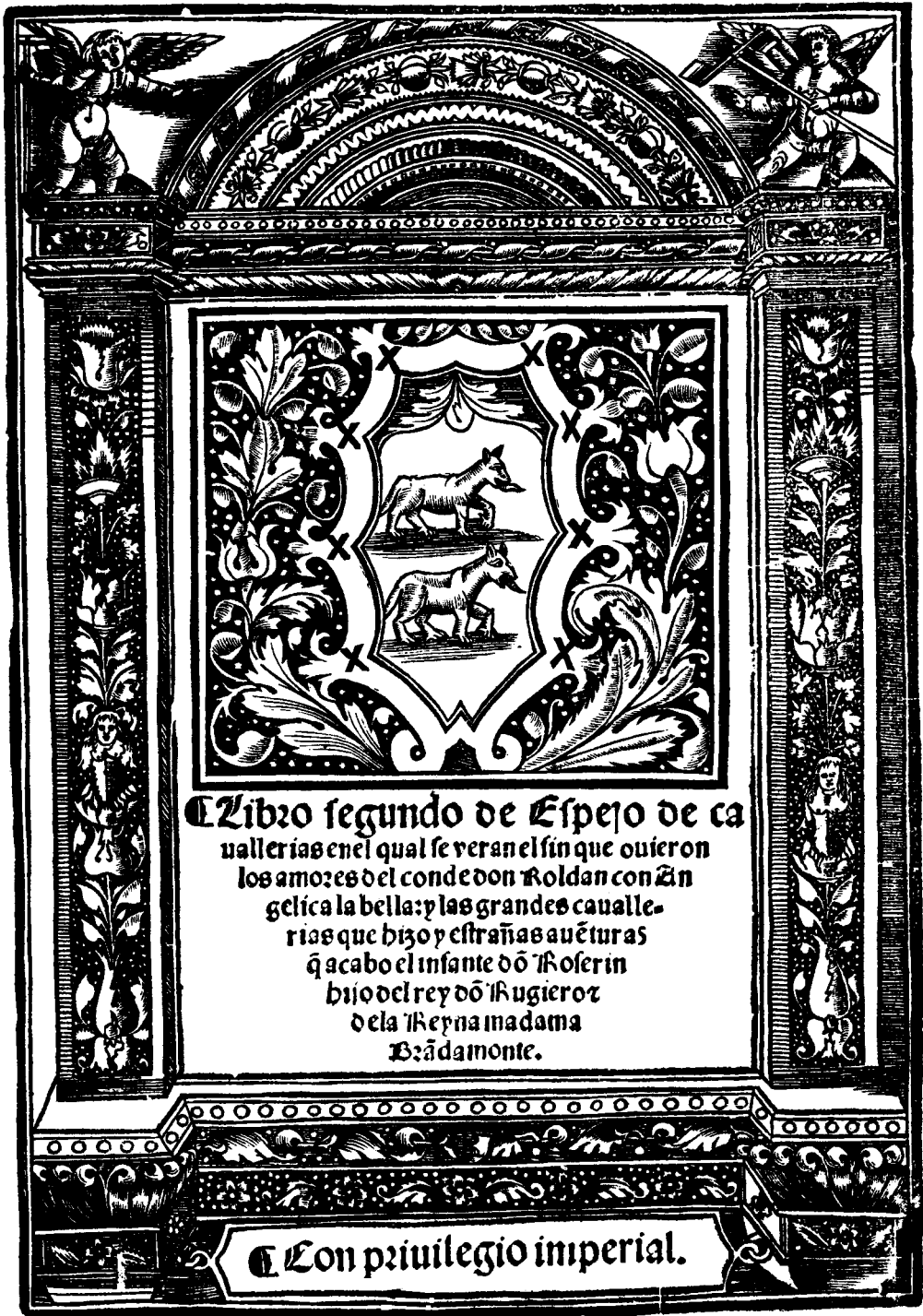
En cualquier caso, esta actividad cultural y social fue el caldo de cultivo propicio para que tuviera lugar el trabajo de López de Santa Catalina. Gómez-Montero afirma incluso que

el auge de la vida cortesana a partir de 1525 se plasma de modo peculiar en la ficción literaria del *Libro segundo* —sin duda escrito entre 1525 y 1526 inmediatamente antes de su publicación—, en el que repetidamente se da cabida a escenas de recreo cortesano (bodas, cacerías, juegos caballescros) y se realza notoriamente la figura del emperador como centro del orden social establecido y en ejercicio pleno de sus funciones político-militares. (Gómez-Montero 1992: 21)

³ Vid. VV.AA., *Historia de Toledo*, Toledo, Editorial Azacanes-Librería Universitaria de Toledo, 1997, p. 356.

⁴ Vid. a este respecto María del Carmen Vaquero Serrano, *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe, 2002, pp. 69-71, y Fernando Martínez Gil, *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522*, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos-Diputación Provincial de Toledo, 1993, p. 84.

⁵ Vid., vgr., Vaquero Serrano 2006: 155-156.



Libro segundo de Espejo de ca-
uallerias en el qual se veran el fin que ouieron
los amores del conde don Roldan con An-
gelica la bella: y las grandes caualle-
rias que hizo y estrañas auēturas
q̄ acabo el infante dō Roserín
hijo del rey dō Hugieroz
de la Reyna madama
Bradamonte.

Con priuilegio imperial.

LIBRO SEGUNDO DE ESPEJO DE CAVALLERÍAS,
EN EL CUAL SE VERÁN EL FIN QUE OVIERON
LOS AMORES DEL CONDE DON ROLDÁN
CON ANGÉLICA LA BELLA, Y LAS GRANDES CAVALLERÍAS
QUE HIZO Y ESTRAÑAS AVENTURAS QUE ACABÓ
EL INFANTE DON ROSERÍN, HIJO DEL REY DON RUGIERO
E DE LA REINA MADAMA BRANDAMONTE

CON PRIVILEGIO IMPERIAL

Prólogo

En esta segunda parte de *Espejo de cavallerías* se trata el fin que ovieron los amores del conde don Roldán con Angélica la bella, hija del rey Galafón, y las cavallerías y maravillosos fechos en armas que hizo el infante don Roserín. Dirigida al muy noble y muy magnífico señor, el señor don Diego López de Ayala, vicario y canónigo y obrero en la Santa Iglesia de Toledo.

Suelen los que en sus mecánicos oficios corporalmente trabajan, muy noble y muy magnífico señor, sentir gran consuelo cuando con su conveniente salario son remunerados. Pues no menos consolación recibe el que con mucha fatiga á compuesto o traducido alguna obra si, ofresciéndola por servicio a persona digna de otros mayores, le es acepta y con alegre cara rescibida. Ansí yo, buscando refugio de mi trabajo passado, acordé dirigir esta pequeña obra a vuestra merced, la cual creo que mirando mi voluntad (que a otros mayores servicios es muy prompta), aunque ella sea de rudo estilo compuesta, no será de vos, señor, desechada, como persona que no solo sus defectos puede corregir, mas otro más eroico estilo emendar. E que esto sea verdad, vuestras obras, dignas de mucha alabança, son d'ello verdaderos testigos, las cuales, si con mi grosera péndola a la larga pensasse conmemorizar, antes por mi atrevimiento sería digno de culpa que por mi indiscreto comienzo capaz de mercedes. Mas, inspiado de vuestro favor, no callaré quanto en vuestra muy magnífica persona cualquier género de loable virtud floresce, sin embargo de ningún mundanal vicio que vuestras singulares obras pueda dañar, de arte que en ellas claramente mostráis el hábito eclesiástico de religión que guardáis y el muy magnífico estado de donde descendís. Pues no es justo que se callen las sumptuosas y muy loables obras que, en la sancta iglesia donde residís, avéis levantado y con mucha constancia e ingeniosa solicitud a